

EL MERCANTIL ESPAÑOL

SEMANARIO.—Por un mes \$50 centésimos, por tres meses \$1.50, por un año \$5.00.
IMPRESA Y ADMINISTRACIÓN, CALLE DE LAS PIEDRAS, NÚMERO 43.

DIRECTOR REDACTOR—D. MANUEL ALFARERO DE LA OLIVA.

Las solicitudes que se dirijan a este diario deberán ser firmadas por personas que tengan responsabilidad, con arreglo a la Ley.—Avisos hasta las 7.

CARRERA ENTRE BUENOS AIRES Y ALTO PARAGUAY HASTA CORRIENTES.

Servida por el vapor inglés "Itanger," no tiene días fijos.

CARRERA ENTRE BUENOS AIRES Y GUATEMALA.—El vapor "Guatemala," sale de las 9 velas todos los viernes después de la llegada del "Pavón," y regresa todos los sábados en tiempo para alcanzar el dicho vapor "Pavón."

CARRERA ENTRE BUENOS AIRES Y PUERTO DEL URUGUAY HASTA EL SALTO.

ELLA, saliendo de Buenos Aires los días 2, 7, 12, 17, 22 y 27, a las 10 de la mañana, llegando a Buenos Aires los días 6, 11, 16, 21, y 26 a las 6 de la mañana.

CARRERA ENTRE BUENOS AIRES Y RIO PARANA.—MERSEY, llega todos los días 13 de cada mes de Río Janeiro y sale para el mismo puerto los días 20, 27 y 3 de la mañana.

SAINTONGE, sale de este puerto para Río Janeiro los días 13 a las 8 de la mañana, estado de regreso los 27 del mismo mes.

ESMERALDA, sale del Rosario para Corrientes en combinación con el "Pavón," notándose fijados sus días de salidas.

CARRERA ENTRE RIO JANEIRO Y RIO DE LA PLATA.

MERSEY, llega todos los días 13 de cada mes de Río Janeiro y sale para el mismo puerto los días 20, 27 y 3 de la mañana.

SAINTONGE, sale de este puerto para Río Janeiro los días 13 a las 8 de la mañana, estado de regreso los 27 del mismo mes.

MOVIMIENTO GENERAL DE VAPORES.

Carrera entre Montevideo y Buenos Aires.

Esta carrera está servida por los siguientes vapores.

RIO DE LA PLATA, que sale de Montevideo los días 1 y 5 de la tarde, y de Buenos Aires los días 3 y 7 de la tarde.

TEVERE, saliendo de Montevideo los días 3 y 7 de la tarde, y de Buenos Aires los días 5 y 9 de la tarde.

URUGUAY, sale de Montevideo los días 5 y 9 de la tarde, y de Buenos Aires los días 7 y 11 de la tarde.

CARRERA EN MONTEVIDEO Y PUERTOS DEL URUGUAY HASTA LA CONCORDIA.

Está servida por el vapor URUGUAY, que sale de Montevideo todos los días 12 de la tarde, estado de regreso todos los días 18 de la tarde.

BUENOS AIRES, sale del puerto de Buenos Aires para el Rosario; no tiene días fijos.

ESTRELLA DEL NORTE, sale del Tigre los días 12 y 18 de la tarde, y de San Pedro, en combinación con el Ferrocarril desde Buenos Aires.

Noticias Diversas.

LECCIONES DE QUIMICA.

Aplicada a la higiene y a la administración. Dice el diario de Barcelona.

—Hemos visto una obra interesante, llena de doctrina y de aplicaciones ingeniosas, que bajo el título de "Lecciones de química aplicada a la higiene y a la administración" acaba de dar a luz en Buenos Aires, don Miguel Tuggeri, joven paisano nuestro, hijo de una conocida familia de esta capital, y antiguo alumno de una de las clases que sostenía la M. I. Junta de Comercio. Dicho joven, en pocos años, casi sin conocimientos previos, ha sabido elevarse al profesorado de la Farmacia por rigurosa oposición, siendo actualmente catedrático de Química general y aplicada de aquella Universidad, miembro de varias corporaciones científicas, socio corres-

FOLLETIN.

LOS MISERABLES DE ESPAÑA

SECRETOS DE LA CORTE.

NOVELA DE COSTUMBRES

Original de la Señora Doña Faustina Sáenz de Melgar.

Tomo segundo.

CUARTA PARTE.

la amargura que encerraban los remordimientos que me devoraban.

Don Alvaro inclinó su cabeza con señales de un abatimiento profundo.

Clodomiro, a quien verdaderamente mortificaba aquella conversación, aprovechó la oportunidad para marcharse, dando a su padre un abrazo y prometiéndole volver antes de tres días.

En este momento, salió de la cárcel, dirigiéndose a buen paso a casa de la patrona de "Ternisioles," desahogada las horas que quedaban de noche, preparándose a mudarse para llevar a cabo su proyecto antes que la nueva fatal de su desgracia llegase a oídos de la providora doña Irene.

CAPITULO V.

Boda clandestina.

Tres días habían transcurrido desde la visita hecha a su padre por Clodomiro, cuando ya tenía éste el permiso del vicario para casarse y todos sus documentos corrientes, es verdad que para conseguirlo tuvo que reducir casi a

ponal de la Sociedad de Farmacia de París y del Colegio de farmacéuticos de Madrid, habiendo últimamente recibido la distinción de una medalla de oro, unanimemente acordada por la asamblea general de la Sociedad farmacéutica de Buenos Aires con motivo de su reciente publicación que ha merecido generales elogios de la prensa local y extranjera, y una muy favorable crítica del *Monitor de la Salud* y el *Relator Farmacéutico*, dos de las publicaciones más competentes de la corte. Honrado además con la confianza de su Gobierno, acaba de girar un viaje científico para imponer se en los adelantos facultativos y adquirir una colección de los aparatos más perfeccionados para el servicio de aquella Universidad. Actualmente está dando academias públicas con demostración práctica de los mismos aparatos, a las que concurren las personas más ilustradas de la ciudad, que coronan de aplausos al profesor al final de cada sesión.

UN ESCANDALO EN TOLEDO

Cuarta de año de 1853 cuando el rey D. Pedro I de Castilla, apellidado por unos el *Crue* y por otros el *Justiciero*, llevado de sus amoríos ilícitos con la célebre y hermosa doña María de Padilla, partió de Montañán a Toledo, llegando el día 30 de octubre; su dama quiso visitar la santa primada Iglesia, y el monarca, deseno de complacerla, mandó que fuese recibida con los mismos honores que la reina. El venerable arzobispo don Vasco se opuso a aquella ceremonia, por su fidelidad a la reina doña Blanca; las capitulares, atemorizadas por las iras de un rey terrible y dispuesto a no transigir con nadie, hicieron tocar la campana mayor a caballos, y reunidos en sesión, acordaron persuadir al prelado a que no presentase resistencias a las órdenes del soberano, por injustas que estas fuesen.

El arzobispo, firme en su propósito, desechó las proposiciones del cabildo; pero este insistió advirtiéndole al primado el riesgo que corría su persona y la de todos cuantos siguiesen su determinación. Al fin condescendió a lo que le proponían, a pretexto de evitar mayores males; designó el rey el día 3 de Noviembre para la visita solemne de doña María de Padilla; más de trescientos hombres armados de lanzas y de pica rodearon el templo, y cien caballos se colocaron frente a sus puertas. Las justicias y ministros invadieron los claustros, y el pueblo toledano observaba silencioso cuanto acontecía; enardecidos vestidos de librea real, esperaban a la favorita del rey.

Poco después las campanas de la catedral anunciaron la llegada de aquella: la cruz y ciriales aparecieron en la puerta principal; los monacillos y capellanes del coro, los sochantres y los medio-racioneros, los prebendados y los canónigos arrastrando sus colas, las dignidades de ambos coros con sus mitras, seis canónigos con púlpitos y mazas de plata, los ministros del pontifical y anciano prelado con mitra y báculo, precedido del guion arzobispal. Corrían de un lado a otro los canchibrios y porteros, y al golpe de la vara del portero, todos quedaron en expectativa.

Un viva muy lejano se oyó en favor de la reina doña Blanca, y varios *¡viva!* a doña María de Padilla. «¿Que se retire el arzobispo, y abajo los capitulares!» De aquí resultaron grandes oleadas, introduciéndose la mayor confusión, la tropa, haciendo alarde de sus armas, penetró en la iglesia, siendo espantosa la gritería. Pudo sostenerse aquel motín algún tanto y muy en breve se dejaron ver cien pajes con ropillas y penachos, llevando hacías

la nulidad los doscientos duros que D. Jódas Cataratas le había dado por las joyas de la marquesa; pero ¿qué le importaba, si esta cantidad le proporcionaría diez mil duros?

No se olvidó de escribir diariamente a su prometida, dándole parte del estado de sus negocios y exhortándola a que todo lo tuviese prevenido para su llegada, cuidando con especial esmero de guardar el mas inviolable secreto.

Así lo hicieron en efecto.

Era un sábado al amanecer; después de una tarde apacible y hermosa, se levantó un frío viento del Norte, que obligó a doña Irene y a su hija a recogerse dentro de sus habitaciones, abandonando el olivar vecino a su quinta donde aguardaban la llegada de Clodomiro.

Entramos con ellas en una salita baja, amueblada con suma sencillez y en la que ya se ostentaba cubierto de flores y adornos un pequeño y gracioso altar, donde los novios debían desposarse.

En un gabinete inmediato estaban las joyas, trajes y enaguas que doña Irene había hecho a Clodomiro y que éste mandó anticipadamente.

Alfana fue a sentarse cerca de una ventana con visible mal humor y sin dejar de mirar al camino de Ciempozuelos.

Doña Irene, que veía la ansiedad pintada en el rostro de su hija, se acercó a ella y la dijo:

—¿No sé por qué hoy, que debieras estar alegre, te hallas triste? tú siempre has de ser alegre todo.

—¿Y qué quieres V., mamá?... de tanto desear esta boda, desconfío y me parece que no la voy a ver realizada.

—Cuando tú pierdes la confianza, la recuerdo; y antes de marcharse Clodomiro, tuvo temores: figurábase que su idea no era casarse, sino divertirse, pasar el tiempo; pero desde hace tres días, o más bien, desde que hemos recibido sus cartas llenas de protestas ardientes, y de minuciosos detalles sobre los pasos que ha tenido que dar para conseguir el permiso competente, lo creo seguro.

—También eso a mí me convence; pero tengo una tristeza que no la puedo desahogar, dijo la joven casi llorando.

en las manos, con cuyo resplandor se iluminó el espacio recinto del templo, empezando a oírse, las melodías del órgano.

Doña María Padilla, más bella que nunca en aquella ocasión, sobre su rico preñado se colocó un velo, cubriendo su gracioso rostro; bajó de su litera, y recibiendo el agua bendita de manos del arzobispo con aspersorio de oro mandó a los heraldos que retirasen el palio y los almohadones de brocado, y quitándose las caligas de tisú, penetró descalza en la gran basílica; no contenta con este acto de piedad tan aparente, se arrojó pidiendo al primado, y después siguió de rodillas hasta el altar de Nuestra Señora de la Paz, besando humildemente las aras que santifica con su divina huella a Reina del cielo, en el día feliz de su desposo.

El prelado y el cabildo contemplaban con fusos la devoción de aquella mujer, por entonces con apariencias de ángel; pero otra vez se escuchó de nuevo otra voz que clamaba por la reina doña Blanca, a cuya iniciativa contestaron todos inmensa la hipocresía, mirera la Padilla! Volvió a introducirse la confusión y la alarma, los gritos y los lamentos; entre tanto doña María de Padilla quedó privada de sentido en brazos de los capitulares, hicieron allí mismo prisiones por las rondas, conduciéndose a la cárcel pública infinidad de personas de todos sexos, y entre ellos fueron prendidos tres jóvenes de gallarda figura, dando uno de ellos muerte al alguacil a la salida del claustro; el asesino escapó, y de muchos fue conocido como promotor de los malos alborotos, empujando así a través a acusarle después.

La Padilla, algo recuperada, subió a la capilla, aunque ya no de rodillas, y tomando asiento en un faldistorio, adoró algunas reliquias; se entonó un precipitado *Te Deum* por la capilla música, y concluido, pasó la dama a ver todas las riquezas y preciosidades que en aquella santa iglesia había acumuladas. Se retiró luego, saliendo a recibir el rey D. Pedro, quien después mandó prender al arzobispo y al cabildo, como causantes de aquella asociación. Redujo a prisiones en su palacio al primado, y puso también en la cárcel a las dignidades y a no pocos capitulares.

Mandó también formar sumaria a las autoridades civiles porque no previeron el alboroto; dejando huir al homicida. Los ricos-hombres, cuando tuvieron noticia de los excesos del rey D. Pedro, se congregaron muchos de ellos en Valladolid, para obligar a que alcesse de sí a la Padilla, y se reuniese con la reina doña Blanca. Cuando lo supo el monarca, lanzó los rayos de su cólera contra don Alfonso de Alburquerque, que presidia aquellas reuniones.

La famosa Padilla, antes de salir de Toledo, concejó al monarca, su amante, que recogiese las alhajas y riquezas que había en la iglesia primada, y la fingida devota consiguió sus deseos. El arzobispo dio contra ella la pena de excomunicación por haberse engalanado con las joyas más preciosas de la Virgen; empujando este acto le valió al arzobispo el destierro, confinándolo al convento de Santo Domingo de Coimbra.

El rey D. Pedro partió para Madrid pasado algún tiempo, y después de otras expediciones, ordenando a Marco Fernandez, canciller de sello de la Puridad, que vivía en la quinta San Mateo, que pasase a Toledo inmediatamente para intimar el destierro al arzobispo y el cancelier le pidió un día término, y el monarca, ofendido, le amenazó con poner fuego;

—¿Qué nécia eres, y qué aprensiva! ¡jamás he visto que una novia lllore en víspera de casarse, y mas haciendo el fortunero que vas a hacer!... ¡pues así es nada!... ¡fíjate!... ¡casarse con un marqués!... ¡poder llevar carruajes!... ¡tienes... espléndidos trajes!... ¡Jesús!... ¡qué tanta felicidad!... mira, Alfana, ¡nos vamos a dar un tonel!... ¡Que rabia has que nos tengan envidia!... ¡y que van a poner una cara la doña Blanca y su hijo, aquellas vecinas de enfrente que tanta burla nos hacían!... ¡Oh! por lo mismo hemos de pasar más de dos veces en carretel descubierta por debajo de sus balcones, para deslumbrarlas con nuestro fastio; que se muerdan los labios de coraje.

La alegría de la víspera al hacer esta pintura de sus futuros gozos, era estremada; su hija la miraba, llegando por fin a sonreírse ante tan halagüeña perspectiva.

La pobre Alfana era una niña cándida, que se dejaba manejar con la docilidad de una niña de ocho años. Acostumbrada a obediencia siempre a la inflexible voluntad de la dominante vieja, había concluido por no tener iniciativa ni deseos que no fuesen inspirados por su madre.

Así fue que, siguiendo los consejos de ésta, aceptó el amor de Clodomiro y su alianza después, sin que pudiera decirse que en su corazón se había encendido la ardiente llama de una pasión inextinguible.

Halagada su vanidad, satisfecha en alto grado de su amor propio y convencida de que aquel amor haría la felicidad de toda su vida, le dio culto en su alma y hasta llegó a imaginarse que amaba con un delirio infinito, como si su naturaleza apática y fría fuese capaz de albergar una de esas pasiones volcánicas que solo pueden sentir las personas dotadas de un corazón ardiente, de una imaginación de fuego y de una alma elevadísima y sensible.

También se alegraba al aquel casamiento porque así recordaría un poco de libertad; sentíase ya algo agobiada por la mano de su madre; que ni le dejaba pensar, sentir, ni obrar a su gusto. Pues aunque encasara de inteligencia no era completamente agena a ese espíritu de rebeldía natural en la raza española, que hace, suspirar por la vida independiente y libre, aun-

a su quinta si al instante no emprendía el viaje y lo más terrible fue, el que lo envió el apremio con los mismos lucendarios, por lo que lleno de espanto tuvo que abandonar su morada, dejando a su mujer e hijos, que se hallaban oyendo misa en su oratorio.

A. de Capmany y de Montpalau.

CUESTION DE ITALIA.

El interés que ofrece, nos mueve a dar a nuestros lectores el artículo siguiente que publica Mr. Proudhon en un diario de Bruselas.

LA UNIDAD ITALIANA.

La Italia, digase lo que se quiera, es siempre papá; las hiperbóles de Garibaldi y Mazzini contra el sacerdocio, no destruyen este hecho. Subordinando el Pontificado al nuevo orden de cosas, se quiere restituir a la Italia la supremacía del mundo católico y suplantar a la Francia y a Austria, una se convertirá en simples satélites del gran planeta italiano y cristiano.

Roma y la unidad, luego después Venecia, el Tessino, la Córcega, Niza, e Ilirias; lo que lo que se quiere. Para consumar esta gran restauración, no habrá mas que cambiar una palabra en lugar de *¡Viva!* a Víctor Manuel rey, sería necesario llamarle emperador. De esta suerte la Italia, más pontifical e imperial que nunca, vería realizados todos sus sueños; ella habría recordado, como dice Mazzini, el apogeo de Europa, y Garibaldi cumpliría la promesa que ha hecho a los demócratas franceses, sus amigos, de librar a la Francia de sus tiranos y regenerarla.

¿Qué buena! Qué, creéis en la restauración de un pueblo cuya política toda consiste en soñar con su historia de otro tiempo, que no comprende el nuevo siglo, que no viene si quiera el instinto de su posición geográfica, que no pide explotación del Págo Santo sino para organizar la Ita a toda en un estado semi-imperial y semi-pontifical, que no está entregada a las antiguas disputas de los gibelinos y ghelinos, y que, en la víspera misma del combate de Apropomonte, creía que representaban una comedia Víctor Manuel y Garibaldi, olvidando que el trono está coloso y que Garibaldi, al querer hacer el papel de Wallenstein, acabaría como *¡Va leste!*

—Habeis visto, en *Guilina* intenciona organizada por el general, a muchos diputados, magistrados, oficiales, funcionarios públicos, estudiantes, ciudadanos, en Génova, en Milán, en Florencia, en Nápoles, en Palermo, dispuestos a abandonar la bandera de Víctor Manuel, que habían abandonado la de sus duques y la de Francisco II, y creéis en la consistencia de este pueblo, en su nacionalidad... ¡Creéis en el civismo inteligente de los puñales sicilianos, de los cuchillos trastierranos, de las bombas orsinianas, de las bayonetas garibaldinas!

II

Pues bien, yo os lo repito; lo que yo quiere la Italia, lo que pide a voces, y lo que tendréis, es una mano de hierro que la opriman, ya sea esta mano la de un Hapsbourg, la de un príncipe de Saboya o la de un Garibaldi. Su destino está fijado: es una combinación del pretoriano, de explotador y del sacerdotado; fuera de esto, la Italia cae a pedazos en manos del extranjero. Las razas persisten, pero las nacionalidades no reviven; así, yo no creo más en la resurrección de la Italia de lo que creía en ella el difunto Metternich; no creo más que en la resurrección de la Hungría y de la Polonia. Estudiemos ahora la cuestión bajo el punto

que sea a las personas más ineptas.

Con estas cualidades, fácil es de comprender que casándose por capricho, sentiría infinito un contratiempo que contrariase sus planes; por eso, aunque escuchaba la intencionalidad y descompostura de su madre, no dejaba de mirar el límite de la senda que conducía a Ciempozuelos y por la cual debía llegar Clodomiro.

Empuñando aquel silencioso contemplaban no podía prolongarse; la noche, tendida sobre la tierra, sus entubadas sombras, ocultó a su temaz mirando la senda, y ya solo veía huellas informes, en los que siempre se imaginaba hallar la figura de su amante, y solían ser penachos u olivos.

Aquella cruel ansiedad necesitaba un término, y le tuvo efectivamente, si bien después de dos horas de angustioso esperar, mas como fuese satisfactorio, pronto se olvidó el mal rato pasado para entregarse al regocijo presente.

Como a las ocho de la noche, sintieron el redoblado repique del aldabón que una mano convulsiva agitaba en la puerta de la calle.

—¿Ya te tienes ahí? gritó doña Irene; ¿a ver si acabas de agonizar; y se levantó para salir al encuentro de los recién llegados.

—¡Gracias a Dios!... exclamó Alfana, siguiendo a su madre.

Poco después entraban en la sala, acompañados de Clodomiro, del cura de Ciempozuelos y de otras varias personas del mismo pueblo, que conocían a doña Irene y se habían prestado gustosos a ser testigos de aquella boda clandestina, prometiendo guardar sobre ella el mas inviolable secreto.

El gozo de Alfana y de su madre no tenía igual al ver por fin realizado el sueño de toda su vida, satisfecha su ridícula vanidad, y en posesión de un título aristocrático de los mas illustres.

Clodomiro por su parte también estaba contento, porque veía la base de su futura grandeur en aquellos diez mil duros que constituían el dote de su prometida, y que se hallaban en poder del rico *¡Ternisio!* D. Severo Pintarolo.

La nueva de las terribles desgracias de esta persona, así como las de los marqueses de Blancarosa, no habían tenido eco todavía en

de vista francés, íntimamente ligado con el punto de vista europeo.

Yo comprendo perfectamente la insistencia con que Inglaterra favorece la formación de la unidad italiana, y no la reconvengo por ello comprendo también a los franceses los belgas, los austríacos y hasta los rusos, aplaudan esta política, y no los reconvengo tampoco. Cada pueblo tiene el derecho de procurar lo que mas conviene a sus intereses; y si la Francia, la primer potencia militar de Europa, la mas favorecida por su posición, inspira inquietudes a sus vecinos por el progreso de sus armas y la influencia de su política, ¿a qué acercimarse la porque trata de atenuar esa influencia y de encerrarla en un círculo de hierro? Lo que no comprendo es la actitud de la prensa francesa dominada por sus sin patas ultramontanas.

Bajo el punto de vista político, el consejo amplificación de la Europa, compuesto hasta hoy de los representantes de cinco potencias, va a aumentarse con un sexto representante, cuya voz naturalmente ha de sernos contraria. Estamos demasiado cerca de la Italia, tenemos demasiada semejanza con ella, la hemos hecho demasiados servicios para que ella nos ame; la ingratitud es en política el primero de los derechos y de los deberes.

Bajo el punto de vista estratégico, mientras que España amenaza por la espalda, Inglaterra, Bélgica y Holanda de frente, Alemania, el Austria y la Rusia de flanco, la Italia va a atacar las manos y a ponerlos la bayoneta en el pecho, el único lado por el cual de hianes creemos a cubierto. La coalición contra Francia contará en adelante con un miembro más.

Bajo el punto de vista social, bajo el punto de vista de la religión y de las ideas, nuestra influencia disminuirá por una parte, todo lo que pierda nuestro poder político y militar; por otra, todas las ventajas que nos aseguraban el título de primera potencia católica, protectora de la Santa Sede, ya sea que el Papa, despojado de sus Estados, se someta a Víctor Manuel, ya sea que se destierre de Italia. Protestantes y anglicanos lo compendian bien y se regocijan por ello de antemano. No es por el triunfo de una teología por lo que combaten el poder temporal y la evacuación de Roma por los franceses.

El mal no será grave, sin embargo, si los protestantes y anglicanos renunciasen a su propaganda; si todos los Estados del universo civilizado estuviesen de acuerdo en suprimir el presupuesto de cultos, en abolir los obispos, los seminarios, los consistorios, las iglesias y hasta las sinagogas. Pero no entienden así las cosas, sino que así como la Italia unitaria quiere conservar el Pontificado, del mismo modo las iglesias disidentes aspiran a reemplazar a la Iglesia ortodoxa. La nueva clientela que recibirían sería de 130 a 150 millones de almas.

«¿Qué, decís, no contentos con combatir a todo trance la unidad italiana, os poneis de parte del Pontificado, os pasáis a las filas de los clericales?»

Tal vez las palabras no me asustan, os lo advierto; lo que yo quiero, ante todo, es razonar con exactitud y no ser víctima de nadie. Una cosa es procurar, como lo hago diariamente, la regeneración social por medio de la filosofía, la economía y el derecho, y otra investigar cual debe ser, en un momento dado, la conducta que conviene seguir a un hombre de Estado. La política es el arte de dirigir las fuerzas de las naciones, y en la hipótesis que yo

la casa no campo a donde voluntariamente se asilaron Alfana y su madre; sin embargo, ya en Ciempozuelos corrían alarmantes rumores sobre estos personajes, que ellas no pudieron oír por el absoluto silencio que quisieron.

Cuando los convidados, que eran cinco o seis, se apercebieron de que habían sido invitados para asistir al desposorio clandestino del primogénito de Blancarosa, se miraron unos a otros con cierto asombro como dudando que aquel joven tuviera humor para casarse, cuando tan terribles desgracias amagaban a su familia.

Empuñando nada podían hacer sino callar y ser testigos del solemne acto que se preparaba con el mas espasmo regocijo.

Como la providora doña Irene lo tenía todo prevenido de antemano, no hubo necesidad de preparativos, no por consecuencia de dilación ninguna, así fue que cuando el reloj de la villa dio con acompasado y lento son, las diez de la noche, ya el sacerdote había recibido de los novios el sagrado a, enlazando sus manos para siempre con el indisoluble lazo conyugal.

A doña Irene le faltaba tiempo para exclamar, apenas concluyó la ceremonia:

—¡Eh, hijos míos! ¡ya sois esposos!... Dios os haga bien casados.

Algo, volviéndose hacia los convidados, les dijo como querían los duros importancia:

—He aquí, señores, a mi Alfana, que desde la cuna tuvo ya humos aristocráticos, se empesó en ser marquesa y lo ha conseguido. Los convidados volvieron a sus risas y a sus chichicos, mirándose, encogidos de hombros y sin saber qué decir, ni que juzgar de la escena que estaban presenciando.

Doña Irene les hizo pasar a una salita sencillamente decorada, donde tenía dispuesto un ligero refrigerio; entonces, sentados cada cual en torno de la mesa, la conversación se animó, las bromas empezaron y la alegría fue general. Unicamente el anciano sacerdote estaba triste; su meditativa y sombrío aspecto dio en que pensar a los convidados, que procuraban hacerle participe de su contento.

—¿Pero lo ha sucedido a V. alguna desgracia? le preguntó doña Irene.

—A mí, no señora, pero lo ha sucedido a

discreto, y en opinión de todas las potencias interesadas, la religión es una de sus fuerzas.

IV.

La religión es todavía, para la inmensa mayoría de los mortales, el fundamento de la moral, la fortaleza de las conciencias; todos lo reconocen así. Los milaneses Mazzini y Garibaldi lo proclamaban también.

Digo, pues, que se haría traición al jefe de un Estado arrojándolo una de las fuerzas que lo están confidando antes de haber visto su reemplazo. El que esto hiciera se asemejaría al general que, informado de la invención del fusil de pistón y cañon rayado, empezase a romper todos los fusiles de chispa, sin esparcir que se fabricasen otros.

Si, por posición, por deber, soy católico clerical si quisiera, porque la Francia, mi patria, no ha dejado de serlo aún; porque los ingleses son anglicanos, los prusianos protestantes, los suizos calvinistas, los americanos unitarios, los rusos griegos; porque mientras que estos misioneros se hacen martirizar en Cochinchina, los de Inglaterra venden biblias y otros artículos de comercio.

El Ejército francés saldrá de Roma; convendrá el Austria acabará, de grado o de fuerza, por ceder a Venecia; convendrá también la ciudad americana quedará consumada; supongo que cosa hechará y que la Francia, que el Austria, unidas en este caso por un mismo interés, desistan de sus pretensiones sin romperse; Idiotas sería quien así pensase, no es así.

Tanto peor para la Francia, se dice, si la Italia, enviciada y unificada, se convierte en una dificultad para ella. Los italianos tienen el derecho de organizarse en su casa como mejor les parezca, y Roma y Venecia les pertenecen... ¡Ah! Tanto peor para la Francia! Sea enhorabuena. Cada uno es dueño de su casa; convego en la exactitud de este principio; pero la Francia tiene el derecho de poner condiciones a sus servicios: esto es el A.B.C. de la política, como del comercio.

Voy más lejos aún, y digo que si el servicio hecho ha obtenido el asentimiento de la Europa, y el deudor es insolvente, la Europa se hace garante y solidaria de la deuda. Pues bien: esa Italia emancipada no es bastante fuerte para poder protegerse a sí misma; entonces, ¿qué? ¿que el ejército francés crease a Roma, y cuanto mas pronto mejor. Estamos de acuerdo, con la única salvedad de que si los austriacos tienen el capricho de volver a invadir a Italia, la Francia no lo impedirá: Italia *fará* lo *de*. Sería demasiado exigir que después de haber creado la Italia y de haberla armado contra nosotros, túrásemos que montar la guardia para defenderla. Consiento en que la Francia no exija nada por sus muertos de Solferino y de Magenta; pero ¿no debe exigir algo por esta guardia? —Proudhon.

Los peruanos pintados por sí mismos.

Del *Mercurio* de Lima tomamos los siguientes artículos que pintan bien gráficamente la situación de aquella república y por eso los recomendamos a nuestros lectores.

P. E. U.

¡Salud, bravos marinos! Para orgullo de los fastos navales, vuestros nombres deben quedar grabados en la memoria de los hombres libres que han aprendido a conocer lo que quiero decir honor, patria y libertad. Vosotros habéis salvado al pobre Perú de una calamidad tremenda que no sería jamás bastante llorada. Vosotros habéis hecho comprender a la América toda, que DIEZ no es el nombre de un río, sino el nombre de un gurrén americano, sin impotentes autó-

uno que fué amigo mío, hombre a quien ya tenía por honrado y caballero; habiéndome llevado un chasco tan enorme como inesperado, esto es lo que me hace estar caviloso y mal humorado; pero francamente, me contraía hallar el refinamiento de la nulidad tan encarnado en el corazón del hombre.

—¿Oh! eso debe ser una cosa muy curiosa, exclamaba V. señor cura. exclamó doña Irene apoyándose tres o cuatro de los convidados.

de la lata
137 CALLE DEL CERRITO 167, 1011
Capitán ps. 4. 700000.
La tasa del interés desde esta fecha hasta
nueva disposición ser) como sigue
La "cuenda corriente".
Se cobra 4 razón de 9 p.c. al año.
Se cobra 4 razón de 10 p.c. al año.
Por depósitos de un mes para arriba y con
siete días de aviso
Se cobra 4 razón de 10 p.c. al año.
Por depósitos 4 término de 15 días y sin aviso
Se cobra 4 razón de 10 p.c. al año

[illegible][illegible][illegible][illegible]

Montevideo, Diciembre 29 de 1864.
Para dar el debido cumplimiento al decreto gubernativo del 24 del corriente, que creó el impuesto sobre el pan, galleta y demás artículos de panadería que se elaboran en las carnicerías de este Departamento, el Jefe Político y de Policía, dejenos:

Que desde el 1.º de Enero de 1865 y hasta nueva resolución, los dueños de panaderías establecidas en el Departamento de la Capital, deberán presentar todos los días a las 6 de la tarde, en las Comisarias respectivas, una declaración escrita y firmada del número de pesos de pan de cualquier clase q' forma que se deseen elaborar para cada día, así como la cantidad de quintales de galleta.

Por lo cual pido de pan, de cualquier clase q' tamaño deberá pagar 10 centavos y por

cada quintal de galleta 80 cents.

3.° El pago del impuesto correspondiente á las declaraciones hechas en cada semana, lo harán los dueños de pajarías en la Receptoría esta Gefatura todos los Domingos, de 8 á 11 de la mañana.

4.° Queda absolutamente prohibido elaborar mas pan, galleta, y todo lo declarado.

5.° Los infractores de esta ordenación serán penados con una multa de 100 pesos por primera vez, de 200 por reincidencia y de 300 por la tercera infracción, cerrándose el establecimiento.

6.° Para hacer efectivo el cobro de esas multas, se venderán si fuere necesario, los títulos de la pajaría hasta los sumos concurrentes.

A. Sierra.

— 228 —

EDICTO.

Montevideo, Enero 3 de 1865.

El Jefe Político del Departamento de la Capital, con acuerdo Superior Dispone:—

Artículo 1.º—Todo habitante del Departamento de la Capital que sin estar en servicio militar, ni en su poder armaz de guerra de cualquier clase que sea, deberá entregársela al Comisario de la Sección respectiva, dentro del término improrrogable de 18 días contados desde la publicación del presente Edicto.

Artículo 2.º Los infractores de esta disposición serán considerados como enemigos y tratados como tales.

Amaro Sifra,

